

Nietzsche, psicólogo de pasado mañana¹

María Cecilia Salas Guerra

No sólo no puedo volverme malévolo, sino que no puedo volverme ninguna otra cosa: ni malévolo, ni benévolo, ni canalla, ni hombre honrado, ni héroe ni insecto (...) un hombre inteligente en el siglo XIX ha de ser ante todo una criatura sin carácter, aún más, está obligado a serlo; un hombre de carácter, un hombre activo, es una criatura preeminentemente limitada.

Fiodor Dostoievski, *Apuntes del subsuelo*

(...) cuando el moralista se dirige nada más que al individuo y le dice: "¡tú deberías ser de este y de aquél modo", no deja de ponerse en ridículo. El individuo es, de arriba abajo un fragmento de fatum (hado), una ley más, una necesidad más para todo lo que viene y será. Decirle "modifícate" significa demandar que se modifiquen todas las cosas, incluso las pasadas.

Friedrich Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*

Este texto se ocupa de dos cuestiones que llaman la atención en la lectura del *Crepúsculo de los ídolos*: en primer lugar, el interés crítico que

¹ Texto presentado en el Seminario *Genealogía y epistemología de los saberes psicológicos*, realizado en la Institución Universitaria de Envigado, el 19 y 20 de noviembre de 2008.

Friedrich Nietzsche mantiene por la psicología de la época –interés que en textos anteriores ya había hecho explícito, por ejemplo, en *Genealogía de la moral*–; y en segundo lugar, la fascinación que reconoce el autor por la obra de Fiodor Dostoievski, en particular, por el relato *Apuntes del subsuelo*.

Nietzsche devela el carácter moral y el afán normalizador de la psicología moderna, lo cual coexiste ambiguamente con la declarada aspiración a convertirse en ciencia del comportamiento. Critica la genealogía azul, ideal, de los psicólogos ingleses –a quienes califica de ranas viejas, frías y aburridas–, genealogía carente de perspectiva histórica; es decir, visión chata de las cosas, actitud inquieta y nerviosa, semejante a la de los caballos que se desconciertan con la propia sombra que oscila sin cesar delante de sí mismos. Para Nietzsche, por el contrario, “el psicólogo tiene que apartar la vista de sí para llegar a ver algo.”² De igual modo, el filósofo es implacable frente a lo que denomina “psicología de chamarilero”, limitada al mero “ver por ver”, donde el árbol impide ver el bosque, pues se pretende inferir a partir de un caso, desestimando así lo universal de la condición humana.

El autor tampoco está dispuesto a aceptar la psicología de la *interioridad*, pues tiene claro que aquello que se suele llamar mundo interno “está lleno de fantasmas y de fuegos fatuos: la voluntad libre es uno de ellos. La voluntad no mueve nada, por consiguiente tampoco aclara nada: simplemente acompaña los procesos, también puede faltar.” Para Nietzsche, la voluntad libre es un error, tanto como el llamado *motivo*, al que define como accesorio del acto, es decir que no da cuenta ni explica el acto mismo como se pretende,

²Friedrich Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza, 1998, p. 38-9. El subrayado es nuestro.

sino que lo encubre. De igual modo, según el filósofo, el yo –tercer elemento del mundo interno, tercer error en el que se soporta dicha psicología de la interioridad– “se ha convertido en una fábula, en una ficción, en un juego de palabras: ¡ha dejado totalmente de pensar, de sentir y de querer.”³

En consecuencia, Nietzsche emprende una labor deconstructiva de la psicología más antigua y prolongada de Occidente, la misma que hizo de todo acontecimiento un acto, y de todo acto la “consecuencia de una voluntad”; una psicología que definió el mundo como proliferación de acontecimientos, para cada uno de los cuales se propuso asignar un agente, un sujeto responsable. De esta antigua psicología surgió la idea según la cual el hombre proyecta, exterioriza, su interioridad bajos las formas de la voluntad, el espíritu y el yo, y reconoce en ellos la causa de las cosas mismas. Así, señala Nietzsche, en un peculiar juego a las escondidas de ese hombre consigo mismo, “¿Cómo puede extrañar que luego volviese a encontrar siempre en las cosas tan sólo *aquello que él había escondido dentro de ellas*?”⁴ El autor del *Crepúsculo de los ídolos* se distancia y mira en perspectiva los fundamentos de la psicología moderna, y, en contrapunto, se presenta él mismo como “psicólogo de pasado mañana”, hombre póstumo, intempestivo, y como el “primer psicólogo entré filósofos”.

1. *El interés crítico por la psicología*

“Ausencia de salud, de dinero, de fama, de amor, de protección, y con todo, no convertirme en un trágico oso gruñón: esta es la

³Ibid., p. 70. De hecho, el autor descubre que las religiones, la moral y la psicología moderna se sostienen y alimentan “Los cuatro grandes errores”: confundir la causa con la consecuencia, la causalidad falsa, las causas imaginarias, y la voluntad libre.

⁴Id.

paradoja de mi estado actual, su problema. Sólo ahora comprendo la historia, nunca he tenido ojos más profundos que en los últimos meses.”⁵ En esas circunstancias escribe Nietzsche, entre 1887-1888, textos como *Nietzsche contra Wagner*, *Crepúsculo de los ídolos*, *Ditirambos de Dionisos*, *El caso Wagner*, *Ecce Homo*, *El anticristo*. Esta es la escritura febril y la avidez de transvaloración propias de un pensador que no puede sino contrariar el silencio que, sin embargo, va ganando espacio en su vida.

Crepúsculo de los ídolos –titulado inicialmente como *Ociosidad de un psicólogo*– es, según el autor, una anticipo de su gran obra en preparación sobre la transvaloración de todos los valores, la cual promete asuntos graves. Por eso, el mencionado anticipo lo presenta como un libro alegre y ameno. Allí se incluyen, de forma heterodoxa, finezas y sarcasmos, sentencias y preludios joviales, y severas condenas que anticipan la gran demolición que escindirá la historia del pensamiento. Sobre esa prometida obra, el autor asevera que, una vez publicada, “Europa tendrá necesidad de encontrar todavía una Siberia para enviar a ella al autor.” Por ello, de momento, en *Ociosidad de un psicólogo*, lo que presenta son divertimentos, pasatiempos en medio de la gran tarea, y, sobre todo, “cuestiones realmente psicológicas y de las más desconocidas y sutiles”.⁶

Cuando su amigo y editor, Peter Gast, lee el manuscrito, le sugiere cambiar el título, porque aquello de *Ociosidad de un psicólogo* le resulta bastante modesto y no se corresponde en nada con lo que el libro puede generar en los lectores. En efecto, más que de ociosidades, de lo que se trata es de artillería pesada,

⁵Ibid, p. 11. Carta de Nietzsche escrita en Niza el 1 de febrero de 1888, citada por Andrés Sánchez Pascual.

⁶Carta del 12 de septiembre de 1888, citada por Andrés Sánchez Pascual.

cañones llevados hasta la montaña, dinamita pura, como también acabará por recocerlo el mismo Nietzsche. Según su amigo, este libro es el paso de un gigante, no el lento movimiento de un ocioso fatigado. Aquí resuenan las detonaciones y los martillazos contra los ídolos, contra las verdades que se han pretendido eternas; de ahí que el título definitivo sea *Crepúsculo de los ídolos o como se filosofa con el martillo*. Este libro, “(...) de tono alegre y fatal, es un *demon* que ríe (...) No hay nada más sustancioso, más independiente, más demoleedor, más malvado.”⁷ Filosofía del martillo enfurecido que se siente impulsado hacia la piedra más fea y más dura hasta hacerla saltar en pedazos; se trata de la piedra de la vieja moral, donde se halla prisionero, dormitando, la imagen del superhombre.

Y el filósofo del martillo es ante todo psicólogo, en el sentido de “adivinator de almas, nato, inevitable”, tal como se define en *Más allá del bien y del mal*; psicólogo que a la manera del artista trágico dice sí al instinto y no a la moral. Este hombre entonces no puede ser sino implacable contra quienes se consideran mejoradores de la humanidad, contra los que creen hacer del hombre un ser moral valiéndose de medios inmorales –como la culpa y la compasión, por ejemplo–; y contra los que creen que la civilización hace mejor al hombre, que lo ablanda y lo hace menos belicoso –por el contrario, frente a los más civilizados, los Atilas y los Stenka Razin, a juicio de Nietzsche, son “niños de pecho”–.

La psicología de este adivinator de almas no pretende mejorar a la humanidad, prolongando para ello la moral de la compasión; ni mucho menos aspira a la categoría de ciencia del comportamiento. Por el contrario, es el ejercicio de la seriedad jovial, el reconocimien-

⁷Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*, Madrid, Alianza, 1998, p. 123.

to del fatum -(el hado), del cual el individuo es un fragmento-, y la aceptación de la inocencia del devenir. Así pues, la jovialidad, la fatalidad y el devenir, se contraponen a la psicología de la interioridad: del yo, el espíritu y la voluntad libre, en los cuales Nietzsche descubre sólo seducciones y artimañas de teólogos cuya finalidad ha sido castigar y hallar culpable al hombre.

Toda la vieja psicología, la psicología de la voluntad, tiene su presupuesto en el hecho de que sus autores, los sacerdotes colocados en la cúspide de las viejas comunidades, querían otorgarse el derecho de imponer castigos (...) A los seres humanos se los imaginó 'libres' para que pudieran ser juzgados, castigados: para que pudieran ser culpables; por consiguiente se tuvo que pensar que toda acción era querida y que el origen de toda acción estaba situado en la conciencia (con lo cual *el más radical fraude in psychologis* -en cuestiones psicológicas- quedó advertido en principio de la psicología misma.⁸

Contraria a esta psicología moral es la psicología del inmoralista Nietzsche, que intenta "con todas sus fuerzas, expulsar de nuevo del mundo el concepto de culpa y el concepto de castigo, y depurar de ellos la psicología, la historia, la naturaleza, las instituciones y sanciones sociales". En el ámbito de la psicología de teólogos, sean quienes sean los que la practiquen, el filósofo descubre la fuente que infecta la "inocencia del devenir por medio del castigo y de la culpa", pues aquellos son ante todo los adalides del concepto de "*orden moral del mundo*"⁹, del cual se llega

a impregnar, incluso, toda filosofía moderna. De ahí que para Nietzsche, el cristianismo y toda la psicología largamente inspirada en él, es fundamentalmente una "metafísica del verdugo".

Una psicología inmoralista, por el contrario, no se fundamenta ni en la culpa, ni en el castigo, ni en el pecado, y en esa medida no puede ser tampoco una psicología del hombre poseedor de voluntad libre. Más bien, para Nietzsche, al ser humano nadie le da sus propiedades, ni Dios, ni la sociedad, ni sus padres y antepasados, ni él mismo. (...) Nadie es responsable de existir, de estar hecho de este o aquel modo, de encontrarse en estas circunstancias, en este ambiente. La fatalidad de su ser no puede ser desligada de la fatalidad de todo lo que fue y será.¹⁰

No existe por tanto una "*causa prima*" a la cual atribuir el modo de ser, del mismo modo que el mundo no es una unidad: reconocer ambas cuestiones es restablecer la "inocencia del devenir".

Con dureza y jovialidad, el adivinador de almas hace vivisección de sí mismo, se distancia de la compasión y sospecha siempre del "hombre bueno", el de "buena voluntad". Este inmoralista tampoco cultiva la "psicología de charlatán"¹¹, propia de quienes que observan solamente por observar, que van y vienen en una inquietud creciente, siempre al acecho de la realidad; mirones que se llevan "a casa consigo cada noche un puñado de curiosidades", un mosaico, una mezcla de colores chillones, algo turbulento. Un psicólogo charlatán, más que observar, bizquea, exagera las cosas, y cree que hacer experiencia es cuestión de método, es cuestión de querer-

⁸Friedrich Nietzsche, "Los cuatro grandes errores, Crepúsculo de los ídolos, p. 74

⁹El orden moral, la sociedad organizada de manera sacerdotal, se soporta en la existencia del pecado, esa deshonra del hombre inventada para garantizar el poder del sacerdote, y de todo aquel que pretenda mantener el mencionado orden moral. Véase El anticristo, #s 26, 38 y 49

¹⁰Friedrich Nietzsche, "Los cuatro grandes errores, Crepúsculo de los ídolos, p. 76

¹¹Ibíd., "IncurSIONES de un intempestivo", pp. 95-6

tener-experiencia; es decir, desconoce que *para ver algo es preciso apartar la vista de sí mismo*. Un psicólogo nato, en cambio, se protege del mero ver por ver, y, sobre todo, se cuida de la arbitrariedad de abstraer a partir de un caso individual: “hasta su conciencia llega sólo lo universal, la conclusión, el resultado”. Al igual que el artista, este psicólogo sabe que la naturaleza no es un modelo, ni un campo de objetos disponibles, sabe que “la naturaleza es azar”, y que ponerse de rodillas ante los pequeños hechos es síntoma de sumisión y debilidad; algo “indigno de un artista entero”, que más que *ver lo que es*, se pregunta cómo se llega a “*ser el que se es y lo que se es*.” De ahí que la cordura de Nietzsche, tal como afirma en *Ecce Homo*, sea “haber sido muchas cosas y en muchos lugares, para poder llegar a una única cosa.”

En síntesis, el psicólogo nato no es el sucedáneo del sacerdote, que se vale de toda suerte de estratagema para asegurar la culpa y el pecado; tampoco es el experimentador y cambalachero que mira indiscriminadamente y que mezcla cosas y busca modelos. El psicólogo nato está más cerca del artista, y para que haya arte y contemplación estética es preciso la embriaguez, es decir, caminar bajo el símbolo dionisiaco.

Lo esencial de la embriaguez es el sentimiento de plenitud y la intensificación de las fuerzas. De este sentimiento hacemos partícipes a las cosas, las forzamos a que tomen de nosotros, las violentamos: idealizar es el nombre que se da a este proceso.¹²

Lo dionisiaco es la trágica intensificación de las fuerzas, la afirmación de lo múltiple, de lo plural; afirmación del más áspero sufri-

¹²Ibid., p. 97 Es claro para el autor que idealizar no es sustraer o restar lo accesorio, lo pequeño, sino ante todo, “extraer los rasgos capitales”.

miento, de la más dolorosa náusea, del más sofocante tedio. El hombre más espiritual, el más valeroso, es el que vive con las tragedias más dolorosas, y sin embargo honra la vida porque ella le “opone su hostilidad máxima.” Afirmación a la manera del héroe trágico: leve, danzarín, jugador. “Dionysos es quien echa los dados. Él es quien danza y se metamorfosea, quien se llama ‘*Polygethes*’, el dios de las mil alegrías.”¹³

En el maravillo fenómeno llamado Dionysos, Nietzsche descubre lo propio del instinto helénico: la *demasia de fuerza*, “la voluntad de vida, regocijándose de su propia inagotabilidad al *sacrificar* a sus tipos más altos: a eso fue a lo que yo llamé lo dionisiaco, eso fue lo que yo adiviné como puente que lleva a la psicología del poeta *trágico*.” Pero no se trata aquí, aclara enseguida el autor, de una psicología de la katharsis, como la había planteado Aristóteles en la *Poética*; sino de una psicología del artista trágico, que más allá del espanto y la compasión, nos posibilita “ser nosotros mismos el eterno placer del devenir: ese placer que incluye en sí también el placer de destruir.”¹⁴

2. Nietzsche lee a Dostoievski y estalla en ebriedad

“Los hombres malvados no tienen canciones”, así dice el verso del poeta J. G. Seume, verso convertido en sentencia popular, el mismo que llama la atención de Nietzsche y a propósito del cual comenta lo siguiente en un fragmento inédito de 1883:

La música rusa saca a la luz, con una simplicidad conmovedora, el alma del *mujik*, del pueblo bajo. Nada habla más a mi corazón que las suaves melodías de esa música, todas

¹³Gilles Deleuze, Nietzsche y la filosofía, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 31.

¹⁴Friedrich Nietzsche, “Lo que yo debo a los antiguos”, Crepúsculo de los ídolos, p. 144

las cuales son melodías tristes. *Yo cambiaría la felicidad de Occidente entero por la forma rusa de estar triste.* Más, ¿cómo es que las clases dominantes de Rusia no están representadas en su música? ¿Basta con decir “Los hombres malvados no tienen canciones?”¹⁵

Conocida es la pasión del filósofo por la música: por el poder de captación de ésta, por la demasía de fuerza que transmite, porque expresa y accede a regiones del alma nunca tocadas por otras modalidades de expresión humanas. En fin, Nietzsche ama la música porque, tal como le dice a su amigo Peter Gast, “La vida sin música es sencillamente un *error*, un *trabajo penoso*, un *exilio*.” Pero lo que llama la atención del anterior fragmento es, entre otras cosas, que sea la tristeza de la música rusa lo que conmueve a Nietzsche, por la cual cambiaría la felicidad de Occidente entero. Además de su fascinación por las tristes melodías del mujik, Nietzsche ya había declarado -en *La genealogía de la moral*- su predilección por lo que denomina “la fatalidad del pueblo ruso” en su forma de asumir la pena. Y es una música excepcional, una melodía de la fatalidad rusa, lo que el filósofo se permite escuchar de modo jubiloso en Dostoievski, en quien descubre, desde el primer momento en 1886-7, “un psicólogo con el que yo me entiendo”, tal como lo reconoce en sus cartas a F. Overbeck y a Peter Gast. Con la obra del ruso, Nietzsche experimenta tanta alegría, como con la de Stendhal, *Rojo y negro*.

Un zarpazo casual en una tienda de libros me puso ante los ojos su obra *L'esprit souterrain* (...) El instinto de afinidad (¿o qué nombre le daré?) dejó oír su voz enseguida, mi alegría fue extraordinaria. (...) *L'esprit souterrain*, contiene dos relatos: el primero, *una especie*

*de música desconocida, muy extraña, muy poco alemana; el segundo, un verdadero alarde genial de psicología – un terrible y cruel escarnio del Gnothi sauton [conócete a ti mismo], pero trazado con una audacia tan ligera y con tanto deleite de fuerza superior, que yo quedé totalmente ebrio de contento.*¹⁶

El azar, el instinto de afinidad, y el olfato, orientan a Nietzsche hacia ese otro gran adivinador y explorador de almas que es Dostoievski, de quien reconoce saber realmente poco: que a pesar de su origen aristócrata pasa una juventud en la pobreza y en la enfermedad, y que a los veintisiete años fue condenado a muerte, pero lo indultaron en el cadalso, y le conmutaron la pena por cuatro años de exilio en Siberia, donde compartió destierro con criminales y delincuentes de todo tipo. A juicio de Nietzsche, esta experiencia fue fundamental, gracias a ella Dostoievski “*descubrió la fuerza de su intuición psicológica*, es más, *su corazón se endulzó y se profundizó* con ello, su libro de recuerdos de ese tiempo, *La maison des morts –La casa de los muertos-*, es uno de los “libros más humanos” que hay.”¹⁷

Dostoievski es pues el artista-psicólogo, trágico e inmoralista; prefiguración literaria de Nietzsche y de muchos otros escritores que del siglo XIX al XX encarnan la crisis; la condenación y el fracaso rotundo de todos los humanismos: del cristianismo al positivismo y al socialismo, pasando por el racionalismo, el idealismo, el romanticismo. Con Dostoievski, con lo que algunos de sus críticos llaman su “realismo trágico”, se renueva la visión del *problema del hombre*, más aún, se plantea la cuestión acerca de si el hombre es un problema y en qué sentidos lo es. Con su extraña música, este escritor arranca del alma - la de su pueblo y la de la humanidad

¹⁵Crepúsculo de los ídolos, nota 25, p. 152. El subrayado es nuestro.

¹⁶Ibíd. Nota 179, pp. 166- 7. El subrayado es nuestro.

¹⁷Id.

en general- acordes inquietantes, ritmos y timbres diversos, disonancias, contrapuntos violentos, que aunque parezcan pasajeros revelan las afecciones, las mortificaciones, las contrariedades en las que se debate un hombre cualquiera en la modernidad; un ser anónimo, un antihéroe como ese hombre de la ratonera, del sótano, que se confiesa de forma ininterrumpida y anárquica a través de todo el relato. Cuando en 1863 se encuentra escribiendo las *Apuntes del subsuelo*, Dostoievski le escribe a su amigo Turguenev:

En mi opinión... [la música] es el mismo lenguaje [que la literatura] pero expresa lo que la conciencia aún no ha captado (no el razonamiento, sino toda la gama de la conciencia; así, este lenguaje aporta un positivo beneficio, pero nuestros utilitaristas no lo comprenden); aquellos, entre nosotros, que aman la música, en cambio, no la abandonan y continúan tocándola.¹⁸

El novelista reconoce que la música, con la sutileza que le es propia, aporta beneficios que no se captan fácilmente, menos aún en una sociedad dirigida por utilitaristas, como la Rusia del siglo XIX, donde el optimismo racionalista subvalora la música o la utiliza burdamente en desfiles militares y bailes nupciales, o la degrada reduciéndola a “sonsonete ambiental omnipresente”, con el objetivo de “aumentar la producción, las ventas y el consumo.

En *Apuntes del subsuelo*, Nietzsche escucha esa música extraña, poco alemana: rusa, triste y fatal; pero descubre también el más intrépido alarde de psicología, un “terrible y cruel escarnio del *Gnothi sauton [conócete a*

ti mismo]”, acometido sin embargo de forma ligera, audaz, jovial, ante lo cual el filósofo no puede menos que sumirse en la embriaguez y el contento. En Dostoievski, en su escritura enclaustrada y fascinante, Nietzsche reconoce al único psicólogo del que ha tenido algo que aprender. Pero, ¿de qué se trata en los *Apuntes* que logra cautivar tan vivamente el interés de Nietzsche?, ¿por qué este hombre recalcitrante y contradictorio llama tan profundamente su atención?.

En su sótano, en las afueras de Petersburgo, un hombre ocioso y anónimo se limita a escribir sus memorias y a subsistir con una pequeña herencia que le dejó un pariente. Herencia gracias a la cual pudo abandonar, al fin, su puesto de funcionario público, donde había permanecido, únicamente, para garantizarse algo de comer; es decir, no estuvo allí porque tuviese gusto alguno por el trabajo. Por tanto, en su nueva condición de heredero, ese hombre se instala en su rincón, donde vivía desde antes, es sólo que *instalarse* es otra cosa. Allí, lleva a cabo su confesión, su lucha frontal con las palabras, su reverberación contradictoria, descarada, implacable, in-moral. Tiene cuarenta y tantos años, y considera indecoroso, vulgar e inmoral vivir más de cuarenta, pero en lo que a él respecta piensa vivir ochenta.

De carácter atrabiliario, melancólico, uraño y ratonil, este hombre puede sentir más rencor que el que puede sentir ‘*l’homme de la nature et la verité*’, para quien la venganza es cuestión de justicia. Para hombre de la ratonera, en cambio, el rencor es algo que se siente con toda la violencia, y que sin embargo, es pasajero: basta con una taza de té azucarado para darse cuenta que en realidad no era tanto el rencor, sino solamente ganas de matar gorriones, para entretenerse un poco y salir del aburrimiento... Porque lo suyo es real aburrimiento, nada de pereza, si fuera eso la

¹⁸Carta del 23 de diciembre de 1863. Citada en “Una lectura antropológica de Memorias del Subsuelo de Dostoievski”, Joan B. Llinares Chover. Universidad de Valencia, Tematha, Revista de filosofía, Nº 39, 2007. <http://www.institucional.us.es/revistas/revistas/themata/pdf/39/art58.pdf>

cosa sería mucho más fácil para él. Es decir, tampoco le interesa la venganza, pues eso es asunto de hombres normales, sencillos, de acción, mientras que él es apenas el hombre del subsuelo; y el subsuelo es lo mejor, o quizá no lo sea, pero no logra encontrar eso que busca, y finalmente tampoco sabe qué es lo que busca y qué es lo mejor.

Lo mejor sería, se dice a sí mismo, si al menos creyera una ínfima parte de todo lo que lleva apuntado, pero ni eso, "no creo en una sola palabra de las que he escrito" Y sin embargo, es lo único que ha inventado, es aquello en lo que ocupa sus días, es lo que se ha aprendido de memoria y lo que ordena en forma literaria, aunque sin la mínima intención de publicarlo.

Este hombre tiene claro que en la vida hay cosas que sólo se le revelan a los amigos, hay otras sólo para sí mismo, y hay otras – comunes y corrientes- que ni para sí mismo, pues infunden toda clase de temores. Pues bien, ahora que decidió apuntar y dejar por escrito, estas inconfesables cosas, tiene un único capricho: "quiero probar si puedo ser absolutamente franco conmigo y no tenerle miedo a la nuda verdad."¹⁹ Pero recuerda la advertencia de Heine, que toda autobiografía miente, y sabe que también Rousseau en sus *Confesiones* mintió por vanidad; ambas cosas las entiende, pero como al fin y al cabo si él parece dirigirse a un lector lo hace solo *pro forma*, de ninguna manera porque le interese ser leído por alguien, sino porque haciendo "como sí" es más fácil. Por eso, en sus apuntes no sigue ningún sistema, más bien va escribiendo como puede, según lo que se le ocurre y lo que la memoria le va imponiendo. Pero, se pregunta, ¿para qué escribir entonces? Y no duda en responderse: porque así es "más impresionante"; además, porque

produce un verdadero alivio, por ejemplo, sacudirse de encima ciertos recuerdos que le atosigan y de los que no logra distraerse, pues lo acosan como un "fastidioso motivo musical". Por último, admite que escribe porque "estoy aburrido y nunca tengo nada que hacer. De hecho, *escribir es una especie de trabajo*. Dícese que el trabajo hace mejor al hombre y más honrado. En todo caso es una posibilidad."²⁰

Apuntes del subsuelo es un monólogo, una diatriba interminable e incansable dirigida a un sí mismo ausente, y ante cuya ausencia, el hombre que habla utiliza todo el tiempo la estrategia de presuponer preguntas que le haría ese otro; es decir, se adelanta sistemáticamente a toda posible objeción ante sus notorias y descaradas contradicciones, ante su ausencia de culpa y de remordimientos en último término. O sea que estamos ante un monólogo polifónico, y esto no es menos contradictorio, como sucede en la vida misma de cualquier individuo. Este hombre quiere probar si es posible decir la verdad sobre sí mismo, pero para ello parece que no puede evitar mentirse un poco, de tanto en tanto, casi siempre. Es demasiado el hastío del mundo, de sus instituciones, de sus valores, de sus deber ser. Es demasiado el peso del tiempo ido, es extremado el tedio en su rincón, escuchando pasar –arriba en la calle- gentes anónimas, de quienes le llegan palabras al vuelo: palabras que caen como migajas por las rendijas de su ratonera, las mismas que luego viene a utilizar en sus memorias.

Según Nietzsche, "sólo los animales más finos y activos son capaces de aburrimiento," eso los diferencia de perezosos como los magiares. En ese sentido, los *Apuntes del subsuelo* son las notas del hombre de la inacción reflexiva, de la inercia razonada, pues "finalmente

¹⁹Fiodor Dostoievski, *Apuntes del subsuelo*, Madrid, Alianza, 2005, p. 54

²⁰Ibíd., p. 55

señores, lo mejor es no hacer nada, ¡lo mejor es la inercia conciente!”. Esta es la voz del aburrimiento profundo, propio del hombre lúcido que no está dispuesto a cederle en nada al espíritu sistemático²¹, ni al utilitarismo científico, ni a los afanes matemáticos propios de la época; pues en todo ello, sólo descubre una sorda pasión por negar que el hombre es simplemente hombre, meramente humano. Hombre que ama y se aferra a sus fantasías y a sus estupideces con el único propósito de dejar claro en todo momento y de demostrarse que los hombres no son “teclados de piano en los que las leyes de la naturaleza tocan la tonadilla que les viene en gana, sin contar el riesgo de que sigan tocando hasta que llegue el momento en que nadie sea capaz de desear nada que no figure en una tabla matemática.”²²

Pero aunque se demostrara, científica y matemáticamente, que el hombre es un teclado de piano, ese hombre no dejaría de cometer barrabasadas con el fin de mostrar que todavía es hombre, cometería los más desaguisados actos de desagradecimiento e ingratitud, como corresponde a todo auténtico “bípedo desagradecido”. Con tal de salirse con la suya, ese bípedo no dudará en volverse loco o troglodita, o en sembrar la destrucción y el caos y toda suerte de sufrimientos a su alrededor, o en echar maldiciones incluso -privilegio suyo que le distingue bastante bien del resto de los animales-... y todo, para convencerse a sí mismo de que es un hombre y no es un teclado de piano. “Y mientras tanto, sólo el demonio sabe de qué depende la voluntad.”

El hombre de la ratonera, dionisiaco como el que más, es el que le da libre curso a la

²¹También este hombre estaría de acuerdo con Nietzsche cuando afirma: “desconfío de todos los sistemáticos y me aparto de su camino. La voluntad de sistema es una falta de honestidad.” Friedrich Nietzsche, “Sentencias y flechas”, Crepúsculo de los ídolos, p. 38

²²Fiodor Dostoievski, Memorias del subsuelo, Madrid, Alianza, 2005, p. 44

avalancha de asuntos inconfesables que le atosigan, que afirma el aburrimiento, la rabia, la inercia y la nulidad a la que parece estar condenado, como lo está el hombre moderno. Ese hombre vuelve trizas el instinto causal, lo resquebraja a fuerza de hablar y escribir sin cesar, saltando de una contradicción a otra, tal como acontece en la vida de cualquiera. Este hombre confirma que es absurdo, como señala Nietzsche, “querer echar a rodar su ser hacia una finalidad cualquiera.” La finalidad no existe, simplemente el ser humano es necesario, fatal, hace parte de un Todo, un Todo ajeno a los ideales de hombre, de felicidad y de moralidad. El Todo y los ideales son incompatibles.

Este hombre intenta probar si puede ser franco consigo mismo y no tener miedo a la desnuda verdad, Nietzsche por su parte no teme al decir que el que conoce no se conoce, y que toda forma de interpretar supone siempre imaginar, falsear, omitir, rellenar. Pero en uno y otro caso, no es tanto una secreta terribilidad de las pasiones lo que impide la verdad y el conocerse, sino el lenguaje que se enfrenta consigo mismo en un juego interminable entre la voluntad de veracidad y la voluntad de engaño; el incansable rumiar las palabras que llegan a través de la rendija de su techo, en el caso del hombre ratonil. O, en el caso del genealogista,

(...) la naturaleza de la conciencia animal implica que el mundo, del cual podemos llegar a ser concientes, solo es un *mundo de superficies y de signos, un mundo generalizado* y hecho común: que todo lo que llega a ser conciente, precisamente por eso, llega a ser llano, *delgado, relativamente tonto, general, signo, señal de rebaño*; que con todo llegar a ser conciente está enlazada una gran y fundamental corrupción, falsificación, superficializa-

ción y generalización. Por último, *la conciencia creciente es un peligro, una enfermedad*.²³

En los límites del lenguaje conceptual, sistemático, se ponen frenéticos los demon que ríen, el ruso y el alemán; verdaderos demon de la jovialidad, la fatalidad y el devenir. En esos límites, la música y la psicología se enrarecen, se potencian; en esos límites, está la mayor crueldad del autoescarnio, la crueldad jovial del "conócete a ti mismo". La de ellos es psicología para pasado mañana: vivisección del lenguaje y hombre sin culpa y sin castigo, y sin los viejos soportes humanistas.

Bibliografía

- Deleuze, Gilles, *Nietzsche, filósofo*, Barcelona, Anagrama, 2002
- Dostoievski, Fiodor, *Apuntes del subsuelo*, Madrid, Alianza, 2005
- Hopenhayn, Martin, *Después del nihilismo, De Nietzsche a Foucault*, Barcelona, Editorial Andrés Bello, 1997.
- Linares Chover, Joan B. "Una lectura antropológica de *Memorias del Subsuelo de Dostoievski*", Joan B. Linares Chover. Universidad de Valencia, *Tematha, Revista de filosofía*, Nº 39, 2007. <http://www.institucional.us.es/revistas/revistas/themata/pdf/39/art58.pdf>
- Nietzsche, Friedrich, *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza editorial, 1998
- _____, *Genealogía de la moral*, Madrid, Alianza editorial, 1994.
- _____, *La ciencia jovial, "La gaya ciencia"*, Caracas, Monte Ávila, 1985

- _____, *Humano demasiado humano*, Madrid, Akal, 2000
- _____, *Ecce homo*, Madrid, Alianza Editorial, 2000
- _____, *Estética y teoría de las artes*, Madrid, Tecnos, Alianza, 2000.
- Mejía, Jorge Mario, *Nietzsche y Dostoievski, Filosofía y novela*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2000
- Safranski, Rüdiger, *Nietzsche, Biografía de su pensamiento*, Barcelona. Tusquets, 2001.



Lo posible embaraza lo real, lo estorba. Y, mezclándose, lo diluye extrañamente, lo irrealiza.

Roger Munier.

²³Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia*, Caracas, Monte Ávila, 1992, p. 219. El subrayado es nuestro.